

32. EL EPÍLOGO. LA RESURRECCIÓN NO ES FÍSICA PERO ES REAL

El evangelio de Juan ha llegado a un final apropiado. El resumen de Juan 20: 30-31 no necesita más, tal como vimos al cerrar el capítulo anterior. Ya tenemos el retrato de Jesús dibujado por el místico judío que percibió en él la unidad con Dios. La glorificación de Jesús ha quedado plasmada en la cruz. Una vida que ha trascendido el impulso de la supervivencia nos ha revelado su unidad con lo trascendente. El autor ha concluido su mensaje con cuatro rápidos episodios sobre la resurrección. Ellos nos han liberado de la necesidad de aferrarnos a lo físico. Nos han revelado que la vida no termina encerrada en una tumba o en unos lienzos mortuorios. La resurrección llega a quienes no ven evidencia física y aun así creen. El propósito de Jesús se ha cumplido. Él es el dador de vida. No hace falta decir nada más pero, para nuestra sorpresa, a este Evangelio, se le añadió, en tiempos, otro capítulo que, en cierto modo, es un anticlímax que relaja la tensión. Lo llamamos "Epílogo" y muchos expertos creen que es producto de otra mano, un añadido después de que los varios autores que crearon el Cuarto evangelio al menos en tres etapas terminaran de pintar este complejo retrato.

Pero el hecho es que el Epílogo no se integra bien en ninguna de las tramas que conforman el evangelio terminado. Las razones para llegar a esta conclusión son muchas. Primero, el capítulo 21 no enlaza con el capítulo 20, no lo continúa. La dramática aparición de Jesús a María Magdalena, la visita a la tumba de Pedro y del discípulo al que Jesús amaba son escenas del capítulo 20 que no necesitan de ninguna validación. Los relatos siguientes, es decir, la aparición de Jesús a los discípulos sin Tomás y la segunda aparición con Tomás presente, anuncian el don del Espíritu Santo, de la paz y la afirmación final, dirigida por Tomás a Jesús como "Señor mío y Dios mío". Ninguno de estos sucesos parece afectar a los personajes del epílogo, que se abre, de forma discordante, con el anuncio de Pedro: "Voy a pescar".

Pedro no es un pescador amateur que sueña con pescar algunas truchas en una tarde de relax. La pesca es su oficio de siempre. Por tanto, su frase anuncia que, para él, ha llegado el tiempo de volver a la fase pre-Jesús y de retomar su trabajo. El trauma y el dolor relacionados con la crucifixión habían comenzado a desvanecerse. Lo lógico era retornar a la normalidad. Cualquiera que haya experimentado el dolor de una pérdida, no importa con qué intensidad, comprende esta transición de Pedro. Las palabras que abren el Epílogo dan la sensación de que el autor habla de un tiempo bastante posterior a la crucifixión, de bastantes semanas e incluso quizá de meses.

Otro indicio que evidencia la falta de continuidad entre los capítulos 20 y 21 es que el número de los discípulos ha disminuido a siete. En Pablo eran doce (1 Co 15: 5); en Mateo, después de perder a Judas, eran once (Mt 28: 16). Juan menciona la salida de Judas por la noche, tras la comida recogida en el capítulo 13. Además, la lista de discípulos del epílogo es de interés. Incluye a Pedro, Tomás, Natanael, los dos hijos del Zebedeo y "otros dos" que no se nombran. Sin embargo, por el desarrollo de la historia, uno de los dos no nombrados parece ser el "discípulo amado". Si es así, dos de los siete discípulos, Natanael y el "discípulo amado" son figuras que sólo aparecen en el Cuarto evangelio y son símbolos más que personajes históricos, detalle que el epílogo no señala.

Otro indicio desconcertante es que la escena no ocurre en Jerusalén, como las anteriores, sino en Galilea. Es como si los discípulos hubieran retornado a las colinas

familiares de su tierra, a sus familias y a su ocupación pre-Jesús, de pescadores. Ya la primitiva tradición, reflejada en Pablo, Marcos y Mateo, había situado la experiencia de la resurrección en Galilea. Pero la tradición posterior, reflejada en Lucas y en el capítulo 20 de Juan, había situado, en cambio, dicha experiencia en Jerusalén. El epílogo de Juan parece querer armonizar ambas tradiciones.

Un tercer dato sorprendente tiene que ver con la primera parte del epílogo, que trata de la pesca extraordinaria sucedida a raíz de que Jesús, que se les aparece en la orilla sin que lo reconozcan, les ha sugerido lanzar las redes por el otro lado de la barca. Esta misma historia, con la mayoría de sus detalles, ya se había relatado en el evangelio de Lucas (5: 1-11) sin tener, en dicha fuente, nada que ver con la resurrección. En ambas historias los discípulos han “trabajado toda la noche y no han cogido nada”, tal como indica Lucas (Lc 5:5; Jn 2: 5). En ambas historias, Jesús les aconseja que vuelvan a echar las redes (Lc 5:4; Jn 21: 6). En ambas, consiguen una captura masiva, tan grande que sus redes comienzan a romperse (Lc 5: 6; Jn 21: 6). En ambas, Pedro llega a una nueva comprensión (Lc 5: 8; Jn 21: 15 y ss.) y, en ambas, Pedro recibe un encargo (Lc 5: 10; Jn 21: 17 y ss.). En Lucas, la misión es ser pescador de hombres. En Juan, la misión es que Pedro alimente y apaciente el rebaño de Dios. Sin embargo, en Lucas esta historia sucede durante el período en Galilea de la vida de Jesús; mientras que, en Juan, se trata de una narración post-resurrección.

Otro extraño elemento a anotar por último es que el Epílogo de Juan anticipa la “segunda venida” de Jesús de una manera tradicional, sin que parezca tener en cuenta que, en el corpus del evangelio de Juan, ya se ha contado el don del Espíritu Santo como la segunda venida de Jesús, como el cumplimiento de la promesa hecha por Jesús de que dicho don ocurriría “dentro de poco”. Este cambio es otro argumento a favor de que el autor del Epílogo fue alguien diferente, que escribió su texto en un tiempo posterior.

La tensión entre Pedro y el “discípulo amado” se plantea una vez más en este epílogo, pero esta vez se resuelve a favor de Pedro. Es Pedro quien se hará cargo de cuidar del pueblo de Cristo. Al “discípulo amado” se le da entidad histórica en el epílogo y se sugiere que de hecho, ha muerto. La mayor parte de la comunidad cristiana creía que Jesús había prometido que el “discípulo amado” no moriría antes de la segunda venida pero no hay tal promesa en el Cuarto Evangelio. Sin embargo había que abordar el tema pues obviamente dicho discípulo no estaba entre los primeros discípulos aunque su existencia se había imaginado que era tal. Por eso, el autor del epílogo puntualiza que Jesús no dijo que el “discípulo amado” no moriría antes de la segunda venida sino sólo que “si quiero que él permanezca hasta que yo venga, a ti, ¿qué te importa?” (Jn 21: 22). Luego se afirma que el “discípulo amado” es quien está escribiendo estas cosas y que su testimonio es verdadero. Esta afirmación está tan en contradicción con el personaje mítico del “discípulo amado” que desconcierta al lector experto (Jn 21:24). Después, el Epílogo se cierra con una síntesis propia, como si la del Evangelio en el capítulo anterior no hubiera sido adecuada. Termina: “Otras muchas cosas hizo Jesús. Si se escribieran una por una, me parece que los libros no cabrían en el mundo” (Jn 21: 25). Con esta nota ambigua, concluye el Epílogo y ahora nos toca a nosotros tratar de entender qué significa y por qué se agregó.

En el epílogo, pese a todo, hay una tendencia a la armonización. Algunas de las tradiciones divergentes se suavizan en él. Están las dos localizaciones, en Galilea y en Jerusalén, que distintos autores reivindican como fundamentales. El epílogo sugiere que ambas lo son y que el único problema es el orden en que ponerlas. Por otra parte, la tradición de la resurrección parece tener dos objetivos: uno es despertar y afianzar la fe

y el otro es dar con los líderes que lleven adelante y acepten la responsabilidad de la misión de Jesús. El epílogo une ambos objetivos.

En tercer lugar, la tradición del “tercer día”, igual que establecer el día de la resurrección, también es un tema problemático. Pablo dice que la resurrección sucedió “al tercer día, como lo anunciaban las Escrituras” (1 Co 15: 4). Marcos hace que Jesús anuncie la resurrección tres veces pero en ninguna de ellas dice “al tercer día” sino “después de tres días” (Mc 8: 31, 9: 31, 10: 34). Mateo y Lucas cambian todas las referencias marquianas para decir “al tercer día”. Sin embargo, “al tercer día” y “después de tres días” no son la misma fecha.

En el anuncio de la resurrección de Marcos y de Mateo, ésta ha ocurrido en la tumba, el día después del Shabbat, pero no incluyen ninguna aparición del Señor resucitado a los discípulos hasta que ellos vayan a Galilea, que está a unos siete o diez días de viaje desde Jerusalén lo cual, por lo tanto, indica que el hecho queda fuera del marco de los tres días. Lucas dice que las apariciones del Cristo resucitado ocurrieron a lo largo de cuarenta días y antes de que Jesús desapareciese entre las nubes (Hch 1: 3). Juan, por su parte, hace que Jesús “aparezca” tres veces: primero a María Magdalena, al alba del día de Pascua, segundo a los discípulos sin Tomás, en la tarde del mismo día, y tercero a los discípulos con Tomás, “después de ocho días”. Por su parte, el Epílogo sugiere que hubo otra aparición en Galilea, después de un tiempo bastante largo, lo suficiente como para que los discípulos volviesen a su casa, superasen su dolor y estuviesen listos para volver a la normalidad de su trabajo habitual.

Así pues, el epílogo busca armonizar el conflicto en muchos niveles. Además, el hecho de que este epílogo de Juan recuerde tanto a una historia anterior en Galilea, que se encuentra en el evangelio de Lucas, sugiere que el contenido de esta narración es temprano y que el escritor del epílogo simplemente lo convierte, de una historia ubicada en la vida pública de Jesús, en una historia de tiempo de la resurrección.

A pesar de todos estos problemas de interpretación, que evidencian la imposibilidad de cualquier interpretación literal del epílogo, debo decir que aprecio mucho este capítulo añadido por una razón muy diferente. Estoy convencido de que, aunque no sea una parte esencial del Cuarto Evangelio, se basa en un documento primitivo, muy antiguo, que puede reflejar una tradición anterior a cualquiera de las historias de la resurrección de los sinópticos y del propio evangelio de Juan. Si demostramos que esto es verdad, entonces podemos descubrir, en este capítulo, una evocación auténtica de cómo irrumpió, en la conciencia de los discípulos, el significado de Jesús o, para decirlo con las palabras que más tarde desarrolló la tradición, cómo sucedió realmente la resurrección.

No creo que la resurrección haya sido nunca un signo para que la gente crea. Pongo en duda que un cuerpo vuelto a la vida, con señales de los clavos en sus manos y pies, y con la herida en el costado, fuera una prueba. No tendría mucho sentido que Jesús riñera a Tomás diciendo “¿Porque me has visto tienes fe? Bienaventurados los que tiene fe sin haber visto” (Jn 20: 29) si la resucitación física de un cuerpo fuese la causa del nacimiento de la fe. Por eso creo que este epílogo es una presentación temprana de que los discípulos entendieron la resurrección inicialmente como un suceso no físico. Por eso el redactor creyó que era importante añadir el episodio de la pesca al Cuarto evangelio.

La resurrección no fue física para Juan, tal como he intentado demostrar en los capítulos anteriores. Juan retrata a María Magdalena viendo pero sin tener nada a lo que abrazarse; retrata a dos discípulos destacados no viendo ningún cuerpo sino sólo la

tumba vacía; después, representa a todos los discípulos reunidos y recibiendo el Espíritu Santo por medio de un Jesús no físico que sopla sobre ellos; y finalmente presenta a Tomás, que vio después de exigir tocar, pero que no tocó al aparecido, al que, sin embargo reconoció como su Señor y su Dios. La resurrección fue realmente el amanecer de una nueva conciencia, el nacimiento de una nueva visión, el acto místico de la unidad con lo eterno.

En el curso de mi vida y de mi carrera de escritor, he estudiado intensamente las narraciones sobre la resurrección del Nuevo Testamento. He comparado todas ellas, he asumido sus contradicciones y he buscado las claves ocultas que pudieran llevarme a una comprensión convincente del conjunto. Mi objetivo siempre ha sido diferenciar las explicaciones de un tiempo determinado de nuestra historia de fe, de la experiencia intemporal que las respalda, especialmente en lo que respecta al momento que llamamos Pascua o Resurrección. La explicación y la experiencia nunca son lo mismo. La experiencia, creo, fue real. Tenía que serlo. La experiencia de la Pascua fue tan poderosa que transformó a los discípulos. Quienes habían abandonado a Jesús y habían huido a partir del momento de su arresto, se tornaron en testigos que morirían por afirmar la verdad que transforma la vida y que fue, para ellos, la experiencia de la Resurrección. Esta experiencia fue tan poderosa que hizo que estos discípulos, que como judíos, se habían criados en la oración del *Shema Israel* que proclama la unidad de Dios, expandieran su comprensión de dicha unidad hasta el punto de permitirles ver a Jesús como parte de Dios y a Dios como parte de Jesús. Fue tan poderosa esta experiencia que originó un nuevo día sagrado que, tan sólo una generación después, ya rivalizaba en importancia con el Shabbat.

Esto fue lo que la experiencia de la Resurrección causó. Sin embargo, con el paso del tiempo, la explicación de esta Pascua se tornó cada vez más literal, más física, y se engrosó con bastantes detalles contradictorios. Personalmente, rechazo esta interpretación más literal y más física. La idea de la resucitación de un hombre muerto desde hace tres días y que torna a la vida de este mundo sólo entró en la tradición de los escritores cristianos hacia los años 80-90. El contraste entre una experiencia que es real y que cambia la vida y una explicación increíble me llevó a la conclusión de que, aunque la resurrección no fue física, no podemos decir que no fuera real y que no sucedió. Así que, ¿qué es lo que fue?

En un estudio que hice hace casi treinta años, me planteé cuatro preguntas sobre los textos bíblicos sobre la Pascua: ¿Dónde estaban los discípulos cuando ocurrió la experiencia llamada “resurrección”? ¿Quién estuvo en el centro de dicha experiencia como personaje principal? ¿Cuándo surgió esta realidad que transforma la vida? ¿Cómo y en qué contexto dicha experiencia irrumpió en la conciencia de los primeros discípulos? Mis respuestas necesitaron todo un libro, al que titulé *Resurrección, ¿mito o realidad?*⁴².

Cuando completé mi estudio, mis respuestas fueron claras, al menos para mí. Primero, la pregunta del “dónde” me llevó a ver que –se entienda como se entienda la Pascua– sucedió en Galilea. Esto lo atestiguaban los primeros escritores cristianos. La tradición de Jerusalén era claramente un relato posterior, más mágico, más sobrenatural

⁴² *Resurrection; Myth or Reality?* San Francisco HarperCollins, 1994 (*La Resurrección, ¿mito o realidad?*, Barcelona, Martínez Roca, 1996). Ver, en la página web de la AML, el texto del capítulo síntesis de dicho libro, junto con una introducción de Antonio Carrascosa. Reproducimos ambos textos también en la web Spong que la AML mantiene:

<https://www.marcellegaut.org/paginas/cdiaspora/cd18/CD18-PeroqueocurrioSpong.pdf>

https://johnshelbyspong.es/paginas/CDiaspora/CD18_SPONG_Carras_Resur_Web.pdf

y milagroso. Segundo, la pregunta “quién” me llevó a ver que quien estuvo en el centro de la experiencia de la resurrección fue Pedro. Por eso siempre se le nombra primero entre los discípulos; por eso fue el primero en confesar a Jesús como Cristo en Cesarea de Filipo (Mc 8: 27-30) y por eso su debate interno es tan intenso a lo largo del Cuarto evangelio.

En tercer lugar, la pregunta “cuándo” me llevó a afirmar que entre la crucifixión y la Resurrección no transcurrieron sólo tres días. Lo de los tres días fue, más bien, un artificio litúrgico posterior para que la Pascua se celebrara el domingo, es decir, el primer día de la semana después de la crucifixión, ocurrida el viernes, y después del shabbat judío, celebrado el sábado. Sospecho que, contrariamente a la literalidad del símbolo de los tres días, transcurrió un tiempo de entre un mínimo de tres meses y un máximo de un año desde la Crucifixión hasta la irrupción y consolidación de la conciencia de que Jesús era Dios, y de que, por tanto, la muerte no había podido encerrarlo.

Finalmente, fue la pregunta “cómo” la que me obligó a cuestionarme el contexto en el que la Resurrección –fuese lo que fuese– irrumpió en la conciencia de Pedro y de los discípulos. Encontré la clave para esto en unas palabras que sólo Lucas recoge: “Lo reconocieron al partir el pan” (Lc 24: 35). Hay otros indicios a favor de este contexto en las diversas escenas de alimentación de la multitud que, por seis veces, se cuentan en los evangelios (dos en Marcos, dos en Mateo, una en Lucas y una en Juan). En casi todas ellas aparecen los cuatro verbos eucarísticos: Jesús “tomó”, “bendijo” (o dio gracias), “rompió” y “dio”. Por otra parte, creo encontrar un respaldo para esta idea en Juan, que hace afirmar a Jesús: “Yo soy el pan de vida”. Así pues, concluyo: la resurrección fue una experiencia íntima de los discípulos y fue una transformación en la que los límites se rompieron y ellos alcanzaron la unión con lo que llamamos Dios.

Con el paso de los años, esta experiencia interior se externalizó y entonces se añadieron los detalles de la tumba vacía, las sábanas mortuorias abandonadas, las apariciones y los ángeles anunciando cosas. Pero, ¿habría un lugar, un pasaje en donde la experiencia original se hubiera consignado de una forma menos fantástica y que señalara sobre todo a la realidad interna? Sólo encontré algo así en este Epílogo de Juan. En él, el escenario es Galilea, Pedro es quien ve y abre los ojos de los otros para que vean. El episodio sucede mucho tiempo después de la crucifixión y la comprensión surge mientras los discípulos comen juntos la comida de primera hora de la mañana junto al lago. Entonces es cuando ven a Jesús, es cuando se rompe la barrera que nos ata a la mortalidad, la finitud y el tiempo, y cuando ellos escucharon a Jesús que les transmitía la misión de que debían alimentar a las ovejas, a los corderos del rebaño de Dios. No podemos conocer la plenitud hasta que no la damos. No podemos conocer la esencia del amor hasta que no amamos. No podemos ser lo que podemos ser a menos que tengamos la libertad de ser lo que podemos ser. Jesús, la resurrección, la cruz y la vida en el espíritu tiene que ver con esto. Así pues, el Epílogo me explica la resurrección igual que la historia de la crucifixión de Juan me aclara la glorificación de Dios en la vida de Jesús.

Termino, pues, el evangelio de Juan, con una sensación de asombro imposible de expresar con palabras. Al escribir mis comentarios, me he encontrado con el Dios que es el gran “Yo soy” y, como resultado, yo también puedo decir “Yo soy”. Aún más, puedo escuchar las voces de los demás que dicen “Yo soy”. En este don me regocijo, experimento eternidad. Es lo que he recibido del Cuarto evangelio, es decir, de los relatos de un místico judío. Esta es la base, para mí, sobre la que formular el cristianismo de forma que su mensaje se escuche en el lenguaje del siglo XXI y podamos construir “un nuevo cristianismo para un mundo nuevo”. A esta tarea estamos llamados.

¡Shalom!